



MERCADO DE SANCHEZ PEÑA. CORDOBA

HABLAME DE TI

■ JUAN CARLOS RIEUX

El médico las vio entrar. La hija agarrando el brazo de la madre enlutada, de tez blancuzca y mortecina. Dos figuras obligadas a avanzar, como si cada paso fuese una penitencia, un suplicio, en el mejor de los casos, una muestra de resignación.

Se levantó y se dirigió hacia ellas con afectación, intentando adoptar la necesaria pose de profesional, sonriente, cordial y solemne, dotando a su cara, a su voz y a sus gestos, de una seguridad desmedida.

Las saludó con afabilidad, sin efusión, reconstruyendo en su cara una sonrisa habitual, de trabajo. Sintió sus manos débiles al estrechárselas, grande y torpe la de Gracia: así parecían también su cuerpo y su cara: hinchados, abotargados, la piel a punto de romperse, a punto de desvelar el contenido de una

masa enorme y sin forma, artificial, que había crecido sin límite: un cuerpo que desde hacía cinco años sólo se alimentaba de pastillas, de tranquilizantes, de píldoras para mejorar el ánimo, para voltear una voluntad rendida a la evasión, a recovecos inventados, a sueños vivos en los que ese chico, que apenas si le mira en clase y finge un saludo cuando se cruzan en el pasillo, le envía rosas cada día, en los que ese joven de rostro amable, educado en la compostura y el agrado, de gestos en los que se adivina un futuro orlado por el éxito, acaba viendo en ella a su compañera de siempre, al sello que necesita para avalar una felicidad irrenunciable.

Se sentaron frente al médico, mirándose, con lentitud e inseguridad, quizás también con miedo, tal vez con un respeto excesivo, con un gesto que

pedía disculpas y que suplicaba perdón: la hija, por estar allí, por desperdiciar su juventud, por verse derrotada por una vida que casi acaba de empezar y que no está ya condicionada a la miseria de antes, a la falta de libertad de otros tiempos; la madre, por haber convenido a su hija en el sustituto de un marido muerto hace años, en la hermana soltera con quien compartir su viudez y el cuidado de una madre octogenaria que se alimenta de quejas, de gemidos, de misas diarias, de rezos eternos que ni siquiera intentan dar esperanza a una vida agoiada.

Después del preámbulo indispensable, de preguntar por el viaje, el calor sofocante, de interrogarlas sobre cosas triviales, bromeando, dibujando en su cara una risa sardónica, profiláctica, de consultorio, se decidió a abordar el trastorno mental –nunca enfermedad– de Gracia. No le parecieron del todo correctos los tratamientos anteriores, aunque no se atrevió a criticarlos, como tampoco se atrevió a hacer un diagnóstico fiable, definitivo.

Hizo un repaso de los últimos cinco años, de los antecedentes, de la predisposición de Gracia a padecer un desarreglo de sus facultades mentales debido a “unas condiciones familiares y ambientales no aptas para el desarrollo normal de la personalidad”. Estaba la ausencia del padre, la incapacidad del hermano mayor para suplantar su figura.

Dijo algo de su condición de mujer, de los traumas que crea el verse relegada a ser sólo un segundo sexo, y peor aún, enfatizó el médico, de asumirlo. Quizás mencionó a sus amistades, poco estimulantes. Le escucharon con atención, casi con devoción, intentando creer que las explicaciones, las descripciones técnicas que daba el médico se referían a la hija, que eran ella, intentando convencerse a sí mismas de que éste sería el último médico que la atendería, después de esta vez, ya no tendrían que volver a contar la misma historia repetida durante cinco años, ni hablar de sus años de infancia y adolescencia, ni contar cómo en Madrid había encontrado su hija, repetía la madre, ese mal que la había convertido en la vivificación de un sueño, de un recuerdo imaginario elaborado en horas de postración y abatimiento.

Pero es necesario conocer detalladamente los hechos, les dijo el médico, como si madre e hija fuesen el mismo paciente, como si la madre

también se hubiese inventado una historia de delirio para protegerse de una vida rutinaria, para soportar, a su vez, a una madre insistente en la oración, en la plegaria a un Dios con el que se comunicaba desde hacía tiempo.

Madrid, era lo único que deseaba la hija, volver allí, volver a pisar los pasillos repletos de chicos y chicas vestidos impecablemente, siempre de marca: las chicas, rubias, de una delgadez elaborada y ostentosa; los chicos, con el pelo corto o una melena cuidada, de peluquería: volver a ver a Jorge, su cabello oscuro y ondulado, su andar pausado y firme, y su mirada, vehementemente y tierna: nada que ver con su voz, aquejada y sin ímpetu, pero siempre maravillosa y dulce para los oídos de Gracia, quien apenas se había percatado del tono malicioso de algunas de las respuestas de “su chico”, de una cara que nunca pasó del gesto hosco, de la sonrisa burlesca y a veces cruel con la que buscaba la complicidad de sus compañeros cuando Gracia se le quedaba mirando en clase, sin querer, ensoñadoramente.

O a lo mejor Madrid no era más que una escapatória, una salida a una vida constreñida, limitada por los cuidados excesivos de una madre que continuamente se quejaba de su soledad, de su mala suerte,





de su debilidad para soportar una nueva marcha de Gracia, quien siempre correría el riesgo de empeorar si volvía a Madrid, al mismo lugar de donde la tuvieron que sacar un día, urgentemente, cuando se enteraron de que una anemia provocada por el desamor, la falta de autoestima, la insatisfacción, y un deseo inútil de adelgazar, había convertido a su hija en una visionaria.

Justo en frente de la puerta se abría una ventana enorme que iluminaba una habitación amplia habitada por estanterías repletas de libros, un cuadro de un pintor desconocido –quizás un abstracto–, una mesa pequeñita, con su ordenador, y otra mucho más amplia, cubierta apenas por unos folios y una pluma, que servía de límite entre los pacientes y el médico.

Gracia y su madre permanecían sentadas, mirando de soslayo al ventanal cuando querían evitar los ojos atentos del médico, o cuando una mirada al infinito, a un cielo azul e intenso, sólo entorpecido por la calina de agosto, servía de descanso, de solaz necesario para proseguir el relato de la historia.

En algún momento, cuando una de las dos mujeres se esforzaba en detallar su vida, en describir minuciosamente los hechos desde aquel fatídico día, el médico advirtió de la conveniencia de ir poco a poco, ya habría tiempo en otras sesiones de cono-

cerse más a fondo, y en ese momento madre e hija tuvieron que mirarse con desolación ante la perspectiva de tener que volver, de iniciar de nuevo un proceso estéril cuyo único fundamento era mantener la esperanza de que el próximo doctor que visitaran sería el último.

Pero no sucumbieron a la desesperación, tan sólo se reprocharon haberse atrevido a confiar en la suerte y en un destino diferente.

Representaron de nuevo su papel y obedecieron al médico cuando les pidió que le hablaran, ahora con más calma, del viaje, del pasado más reciente e inmediato, y que olvidaran por el momento el peso de los recuerdos.

Le hicieron creer que servía para algo contarle el pequeño recorrido turístico realizado horas antes y escucharon atentamente al médico cuando les habló de la ciudad, del regusto de pasear por calles y plazas en las que su antiguo esplendor, dijo, era algo más que un estornudo de la Historia.

Gracia y su madre recordarían entonces el paseo por una plaza amplia, casi repleta por una ringlera de arcos que apenas soportaban el peso de unas fachadas a medio reformar, pero suficiente para crear una ficción de soportales en los que albergar el trasiego de gente vagarosa en busca de una umbría donde hacer frente a un sol que achicharra-

ba desde primeras horas del día, cuando los artesanos acudían a mostrar sus oficios y las tascas todavía no se habían llenado de jóvenes ojerosos, madrugadores tardíos en busca de una cerveza con la que espantar el mediodía.

Puede que las dos, madre e hija, hubiesen olvidado el nombre de la plaza, la Corredera, pero recordarían siempre el del mercado, Sánchez Peña, porque cuando lo vieron allí, escrito, enseguida avivó en la mente de la madre la imagen desdibujada e imprecisa del esposo muerto, siempre presente, como si esa imagen fuese de repente sólo un apellido, como si el edificio que albergaba el mercado se personificase y su fachada adquiriese los rasgos del difunto; hubo sorpresa y complicidad en la mirada de Gracia, intentando ver en el gesto de la otra mujer el peregrinar de su memoria hacia un pasado que ella no conoció, la nostalgia de un hombre a quien nunca vio, ni tuvo su afecto ni protección, pero a quien echaría de menos el resto de su vida.

Más tarde, durante el regreso, lo recordarían como un edificio lustroso, de una vejez excesiva y reelaborada, y lamentarían no haber entrado por el temor a que se les echara la hora encima, por el deseo arrebatador de llegar y salir cuanto antes de la consulta, de replegar el tiempo de espera en un

segundo, de contar lo que ya sabían de memoria hasta el punto de no reconocer como suyo el pasado de ambas, convertido ahora en una especie de letanía, de lección aprendida.

Deseaban vomitar su historia cuanto antes con la esperanza de no volver a repetirla nunca más, de poder pronunciar ese nombre, Jorge, sin que fuese una maldición.

Ansiaban el momento de la despedida, en que el médico les emplazaría a una visita lejana para confirmar la mejoría de Gracia, para asegurarse de la desaparición de los síntomas, de las visiones, de las horas eternas en un silencio, sólo roto para maldecir a su pueblo, a su vida, a su suerte.

El médico desmentiría el tratamiento de los últimos años y recomendaría a hija y madre que se aplicasen una cura de olvido y autoestima que les devolviese el derecho a no tener que justificar sus vidas, a no tener que ocultar que nada había cambiado en todo ese tiempo porque ya todo había pasado.

Les diría que empezasen de nuevo, que no se preocupasen por nada, que Gracia era todavía muy joven, que otros chicos la iban a querer por lo que era: ya no iban a ser necesarios los juramentos inútiles de adelgazar en diez días, de ser médico, inge-





niero y economista a la vez, o de conseguir un cutis de revista; podría fumar libremente, sin la presión de una promesa estéril hecha horas antes de dejar definitivamente el tabaco, y no volvería a hipotecar su vida a los deseos de los demás, al futuro, a todo aquello que le estorbase en su propósito de volver a Madrid, su única certeza.

Hablaría aparte con la madre, en un acto de complicidad, y la tranquilizaría para siempre: se quedará en el pueblo, con usted, serán amigas y ella, además, enfermera, como usted, ya no tendrá deseos de marcharse y echarse a perder y encontrará a un chico de su agrado, que la ame a ella, que la quiera a usted: no más dolores de cabeza, no más sufrir para llamar su atención: se quedará por su propia voluntad, por usted.

Ni siquiera mencionó la hora, ni insinuó que la sesión había terminado. No hacía falta, sabían ya que tendrían que volver, que ese día no iba a ser el último, como habían previsto desde que a la madre le recomendaron este médico, desde que se empezaron a hacer ilusiones: porque, a pesar de los fracasos anteriores, de las precauciones, del adiestramiento en la desesperanza, del no tener nunca nada seguro, de un pacto entre las dos mujeres para creer sólo en los hechos, en una realidad a su alcance, las dos mujeres habían concebido el final del purgatorio y el inicio de una vida con destinos impredecibles.

Después de unas palabras de consolación, inventadas para mantener una esperanza hipotecada a nuevas sesiones, a una curación incierta en un tiempo incierto —el médico se negaba a hablar de los largos viajes, las malas comunicaciones, las charlas a medio pactar, las dificultades de llevar una vida normal, las esperas alimentadas de una ilusión vana, de la cuantía de los honorarios—, después de unas frases con las que pre-

parar la próxima vez, el médico se acercó a una de las estanterías, sacó un archivador, miró el membrete en el que se leía María Gracia Sánchez Muñoz, y metió las notas, mínimas, que había tomado.

Gracia y su madre volvieron la cabeza para observarlo, con el propósito de apreciar en su andar, en sus gestos, un atisbo de esperanza, un último desafío a una realidad en su contra; pero sólo vieron un hombre alto que les daba la espalda, una cabeza que poco antes había sugerido un remedio para la hija, para una joven cuya vida había sido reducida a los papeles que el médico portaba en una de las manos y al sonido hueco y seco que hacían cuando recibían los golpes, pequeños y tímidos, de los dedos de la otra mano. □

JUAN CARLOS RIEUX. Escritor.